

## **IX CONGRESO DE HISTORIA AGRARIA**

### **Sesión I: La organización del trabajo en el mundo rural y sus evoluciones históricas**

#### ***Antes de nacer sabíamos trabajar.***

Absentismo escolar y trabajo infantil en Villamanta (1930-1933)

Comunicación de José María Borrás Llop  
Departamento de Historia Contemporánea. Facultad de Geografía e Historia  
Universidad Complutense. 28040 Madrid  
Tlf.: 91- 394  
Fax: 91-3946041  
e-mail: josebo@eucmax.sim.ucm.es

En esta comunicación se trata de abordar el trabajo infantil en el campo, a través de un indicador como el de la escolarización *real*: matrícula, abandono y absentismo, según edades y sexo. El estudio se centra en un pueblo madrileño (Villamanta), en el que se ha encontrado una fuente raramente utilizada: el libro de asistencia de los niños (curso 1932-33). Estos datos se han cruzado con los del Padrón Municipal de 1930, con otras fuentes locales y con testimonios de hombres y mujeres que vivieron su infancia en aquellos años. El modelo de escolarización no es diferente al predominante entonces en el mundo rural español: temprano abandono, intenso absentismo estacional y diferencias de género. Este modelo se asentaba en el reparto del tiempo de niños y niñas determinado por las economías domésticas necesitadas de la actividad laboral infantil, de la que podían beneficiarse directamente, en trabajo, o indirectamente, en renta o en especie. La intensidad del trabajo infantil era paralela a la del absentismo escolar. Un trabajo absorbido sobre todo por las unidades productivas familiares. En Villamanta, sólo en el caso de las niñas puede hablarse de un mercado laboral, en el sector servicios, de alcance local y regional.

*Antes de nacer sabíamos trabajar.*

Absentismo escolar y trabajo infantil en Villamanta (1930-1933)<sup>1</sup>

Desde la teoría del capital humano se ha sostenido que la escolarización primaria, en la España del XIX y comienzos del XX, no estuvo condicionada por el trabajo infantil (Nuñez, 1992). Esta tesis no cuestiona realmente las sistemáticas ocultaciones del trabajo femenino e infantil, en los Censos de Población. La observación de otras fuentes, particularmente las emanadas de las instituciones escolares, y un cierto interés por otros ámbitos historiográficos, habrían hecho imposible tan apresurados argumentos. En los últimos años ya habían ido quedando obsoletos aquellos estudios que no cuestionaban la propia configuración de los grupos de edad de las encuestas de población activa, mientras que la realidad del trabajo infantil en el mundo rural comenzaba a ser reconocida -más tardíamente que la del empleo adulto femenino- por dos líneas de investigación distintas, no siempre atentas la una a la otra. Se trata, por un lado, de las monografías locales o regionales emprendidas desde una renovada historia de la educación; por otro, de los estudios sobre estructuras y economías familiares campesinas. Hay que reconocer, en fin, que si los historiadores hubiéramos prestado mayor atención a la obra de los antropólogos, como mínimo a la de los más cercanos, hace tiempo que habría proliferado en la historiografía una aproximación más ajustada a las diferencias de sexo y edades de la fuerza laboral empleada en el campo.

El análisis del Censo de 1887 (Reher, Pombo y Nogueras, 1993) dejó bien asentado que la alfabetización, en la que obviamente se incluye la escolarización, no puede ser considerada una variable independiente. El *II Coloquio de Historia de la Educación* que se celebró en Valencia, en 1983, con un título significativo de la superación de un enfoque estrictamente institucionalista (*Escolarización y sociedad en la España contemporánea, 1808-1970*), había dado cuenta ya de ciertas investigaciones locales en las que el trabajo infantil se presentaba como un obstáculo a la escolarización<sup>2</sup>. En las monografías que se publicaron en años posteriores, la contrastación de datos sobre matrícula y asistencia escolar, puso de relieve, entre otras cuestiones, el alcance de un absentismo crónico muy extendido, “uno de los más graves agujeros negros de la realidad educativa del siglo XIX y comienzos del XX” (Escolano, 1992:78), un problema que siempre estuvo presente en los distintos niveles de las instituciones educativas, como también en los comentarios de los observadores próximos. Fue común entonces, y lo sigue siendo en las interpretaciones historiográficas, apuntar hacia las actividades laborales de niños y niñas como uno de los factores decisivos de dicho absentismo. Pero no contamos más que con ciertas estimaciones de la escolarización de hecho. Como señaló Narciso de Gabriel, en su importante estudio sobre Galicia (1990:280-294), las memorias anuales elaboradas por los maestros -una fuente de obligada consulta-, al igual que las estadísticas oficiales, tienden a sobrevalorar las tasas medias de asistencia. Las fuentes mencionadas no permiten, particularmente, un conocimiento exacto de las fluctuaciones estacionales del absentismo escolar.

En el caso británico, los *school log books* de finales del XIX son más explícitos que nuestros *estados escolares*. Los maestros detallaban regularmente los motivos de las faltas de asistencia, personalizándolos incluso en ocasiones. Aunque se echa de menos un estudio sistemático de los mismos, se ha apuntado al trabajo infantil como la causa más explicativa del absentismo, en relación con los ciclos agrícolas locales

---

<sup>1</sup> Agradezco a Isabel Alfonso, Xavier Castro y José Luis Vicario las generosas lecturas que hicieron de los primeros folios de esta publicación.

<sup>2</sup> Cabe citar las aportaciones, en dicho Coloquio, de P. Ballarín Domingo (“La creación de escuelas públicas y el analfabetismo en la provincia de Almería en la segunda mitad del siglo XX”), de M. Borrás Candel y A. Mayordomo Pérez (“La asistencia a las escuelas en la provincia de Valencia. Estudio aproximativo a través de las memorias del Magisterio, 1908-1912”) y de L.M. Lázaro Lorente (“Algunos datos de escolarización rural en Valencia. El caso de Mahuella, 1908-1910”).

(Horn, Kitteringham).

El presente trabajo –parte de un proyecto de investigación más amplio<sup>3</sup>- se centra en un pueblo de la provincia de Madrid (**Villamanta**) y parte del análisis de una fuente única, que sólo se ha encontrado para este lugar, entre todos los fondos de archivos municipales depositados y clasificados -hasta marzo de 1998- en el Archivo Regional de Madrid (dieciocho municipios en total)<sup>4</sup>. Se trata del *Libro de matrícula, asistencia diaria, clasificación y correspondencia* (Curso de 1932-1933) de la Escuela Nacional de Niños de Villamanta dirigida entonces por el maestro D. José Cela Dapena<sup>5</sup>. En este registro se anota la lista de alumnos matriculados, sus edades, nombres de los padres y profesión del cabeza de familia. Dividido en hojas mensuales, todos los días de clase se apuntan las faltas de asistencia de cada alumno, de mañana, tarde o jornada completa, aunque el sistema de anotación no distingue claramente entre mañana y tarde. Este registro permite conocer exactamente el calendario escolar real. Desgraciadamente, no se conserva ningún ejemplar equivalente de la otra escuela de Villamanta, la Escuela Nacional de Niñas<sup>6</sup>, lo que supone evidentemente un límite considerable para el propósito de este estudio. Para contrarrestar la falta total de información sobre las niñas escolarizadas, se ha recurrido al Padrón Municipal de 1930<sup>7</sup>, con el fin también de contrastar y completar los datos sobre niños escolarizados y sus familias. Finalmente, si se quiere obtener además información sobre los tipos de tareas laborales ejecutadas por niños y niñas es imprescindible recurrir al testimonio oral de los protagonistas. Con este objetivo se realizaron entrevistas abiertas a cinco mujeres y cinco hombres, que vivieron su infancia en Villamanta, nacidos entre 1908 y 1926<sup>8</sup>.

Villamanta tenía 813 habitantes en 1930. Perteneciente al Partido Judicial de Navalcarnero, se encuentra en el sudoeste de la provincia de Madrid, a 42 kms. de la capital. Pueblo eminentemente agrícola, la única manufactura existente era la de viejos oficios relacionados con la tierra: herrería y carpintería<sup>9</sup>. El término municipal comprende zonas extensas de monte alto y monte bajo, tierras de labor y de huertas. Se cultivan los cereales (trigo, cebada y avena), el viñedo, garbanzos y olivos, junto a encinares y algarrobos<sup>10</sup>. En las huertas –no todas de subsistencia- se cosechaban judías y tomates sobre todo. La comercialización de estos últimos, precisamente, suele ser recordada por los informantes como un hecho diferenciador con respecto al presente.

La mayor parte de la riqueza rústica estaba en manos de propietarios residentes fuera de Villamanta (Tabla 1<sup>11</sup>), en Madrid y en pueblos próximos (Navalcarnero, Villanueva de Perales, Métrida y Valmojado

<sup>3</sup> “Trabajo infantil y escolarización en el campo madrileño (primer tercio del siglo XX)”, proyecto (3770/1997) subvencionado por la Comunidad de Madrid.

<sup>4</sup> He de agradecer a todo el personal del Archivo Regional de Madrid las múltiples facilidades que me prestaron.

<sup>5</sup> Archivo Regional de Madrid (ARM), 111/1915. El libro difundido por la Editorial Magisterio Español contiene aclaraciones para normalizar las anotaciones, así como disposiciones de la normativa vigente sobre admisión de niños en la escuela, materias de enseñanza y presupuesto del material.

<sup>6</sup> Censo General de Establecimientos de Enseñanza e Instituciones Culturales. Ayuntamiento de Villamanta, 30 de junio de 1933 (ARM, 141/2547).

<sup>7</sup> ARM, 225/3871.

<sup>8</sup> En la realización de las entrevistas de Villamanta, y en las transcripciones correspondientes, ha sido fundamental la colaboración de Eva M. Morata Marco. En apéndice figuran los nombres y edades de nacimiento de los informantes.

<sup>9</sup> Las clasificaciones profesionales de censos y encuestas son a menudo imprecisas e inciertas. Las fuentes orales son de gran valor para contrastarlas. A uno de los cabezas de familia identificados por el Padrón como “industrial”, se le atribuye la propiedad de una “carretería” en la Matrícula Industrial de 1936 (ARM, 6/73). El maestro lo considera “carpintero”, mientras que una de sus hijas puntualiza: “*Mi padre herrero, mi padre sabía las dos cosas herrero y carpintero, pero claro, había mucho trabajo de labranzas y había que acudir mucho a la fragua*” (Julia López Reneses).

<sup>10</sup> “Relación de propietarios, cultivos o aprovechamientos, clases de terreno y superficies imponibles de las parcelas y subparcelas”, 1917 (ARM, 87/1596).

<sup>11</sup> Padrón de la riqueza rústica. Término Municipal de Villamanta, 1-XII-1933 (ARM, 165/2928).

sobre todo). Los pequeños propietarios eran los más numerosos: constituían alrededor del 95% del total –un 87% entre los residentes en Villamanta-, aunque sólo detentaban algo más del tercio de la riqueza. Esta última se distribuía en partes casi análogas entre las tres clases de propietarios. Tal distribución se diferenciaba de los totales provinciales madrileños, por un peso algo mayor de las pequeñas y medianas propiedades en detrimento de las grandes (Carrión, 1975: 113). Entre los vecinos del pueblo parece haber estado extendida la idea de que entre ellos no había realmente “ricos, ricos”. Una imagen que desde luego no carece de fundamento, sobre todo si tenemos en cuenta que una de las dos grandes propiedades pertenecientes a contribuyentes con domicilio en el lugar era la de Propios de la Villa, una dehesa de tierras de labor y pastos, cuyas parcelas se sorteaban entre los vecinos cada dos años.

La condición de los pequeños propietarios era muchas veces precaria, como ocurría en otros lugares. José Dadama puede ser considerado representativo de los pequeños propietarios vecinos de Villamanta, con un patrimonio rústico intermedio entre los de su clase. A unas ocho hectáreas de tierras de labor, le correspondían un líquido imponible de 340 ptas., ligeramente superior al de su hermano Francisco, pero inferior al de su hermano Segundo (440 ptas.). José, además de ocuparse de sus tierras, hacía peonadas con la yunta o el carro. La familia estaba compuesta por el matrimonio (52 y 48 años), dos hijos (de 24 y 12 años) y dos hijas (de 21 y 16). El mayor consta como “jornalero” en el Padrón de 1930, aunque trabajaba sobre todo en las tierras del padre, en las propias y en las que cogía a renta. El menor, escolarizado entre los 6 y los 14 años, participaba activamente en las actividades productivas familiares, desde los 8 años, según su propio testimonio<sup>12</sup>. Las mujeres de la casa “salían poco a trabajar”, pero acudían al campo cuando eran necesarios más brazos, para evitar el pago de jornales<sup>13</sup>. La madre cuidaba también de los animales domésticos, y las hermanas iban además a la dehesa a espigar o a recoger bellotas. Contaban con cuatro o cinco vacas, utilizadas para la labor, y sólo cuando el hijo pequeño fue más mayor adquirieron dos burros con los que el chico se puso a arar. Las compras siempre se hacían a fiado. Por “los santos”, después de la vendimia, se acababan de pagar las deudas, incluidos los trabajos solicitados al herrero.

Alvaro Núñez era otro de los pequeños propietarios del lugar, con una situación algo más desahogada (470 ptas. de líquido imponible). Fue propietario de tierras de labor y de huertas. “Mis padres pues eran... eran de estas (personas) que se suelen decir medianas; o sea, tenían sus tierras, su ganado, no iban a trabajar para otros” (Juan). Al contrario, pudieron pagar jornales: “aquí, antiguamente se ponía una olla grande, para una cuadrilla de seis u ocho hombres” (Dionisio). No por ello dejaron los hijos de trabajar, desde los seis años. El matrimonio, con 38 y 34 años, tenía siete hijos, todos varones salvo una niña de 4 años. Los dos mayores, de 16 (Dionisio) y 13, están inscritos en el Padrón de 1930 como “jornaleros”. En realidad, trabajaban para el grupo doméstico. Pero el tercero de los hijos –escolarizado con diez años– recuerda haber trabajado a jornal en huertas de otros, hasta que el padre se hizo con dos huertas propias, cuando tenía unos 12 años, “y hacía falta más personal” (Juan). A pesar de tener hermanos mayores, los que iban detrás de Juan no se libraron de hacer faenas: “los más chicos estuvieron enseguida con el ganado; compró mi padre ovejas también, por si eran poco las vacas; y se metieron ellos de pastorcillos con otra gente que había en casa” (Juan).

En Villamanta eran más los campesinos sin tierra que los propietarios. Según una relación de la Junta provincial del Instituto de Reforma Agraria, su número ascendía a 106<sup>14</sup>. Su condición era también diversa: jornaleros, segadores, muleros, pastores, hortelanos y labradores o pequeños arrendatarios. Las fronteras

<sup>12</sup> Efectivamente, en el listado escolar de 1932-33 no figura ya Dionisio Dadama Serrano.

<sup>13</sup> “Como no podíamos dar jornales, pues a vendimiar todo el mundo (...); que podía ir uno, pues uno, que podías ir los cuatro, pues íbamos los cuatro (...). En mi casa no hemos vivido tan mal, pero vamos, no había para dar jornal, ni cosas de esas, ya le digo. Se iba tirando de lo que se iba sacando de las cosechas.” (Dionisio Dadama).

<sup>14</sup> “Relación nominal de obreros agrícolas y obreros ganaderos, propiamente dichos, o sea campesinos que no posean porción alguna de tierra; vecinos de este Ayuntamiento”, Villamanta, 16-II-1935 (ARM, 172/3061).

entre unos y otros no eran siempre claras, o no eran fijas, como ya se ha visto para otros lugares. En la clasificación profesional de los padres de niños escolarizados hay algún hortelano y labrador que en el Padrón de dos años antes figura como propietario; o jornaleros que en este último constan como labradores y hortelanos, aunque las coincidencias son mayoritarias. Cualquiera de estas clasificaciones laborales, nunca da cuenta de la combinación de ocupaciones, de la pluriactividad en la que se asientan las estrategias de los grupos domésticos, una cuestión que la historiografía de los últimos años ha dejado ya establecida. Las fuentes orales son a este propósito muy esclarecedoras. Patricio Molina fue más que un “jornalero” a secas (identificación del Padrón y del listado escolar): pequeño arrendatario de tierras de labor y de “*un cachito de huerta*”, cuando sus hijos pudieron hacerse con las faenas del campo, se colocó como “*encargado*” en una finca y luego como empleado en una bodega. Eduardo Fresno –identificado también como “jornalero” en las dos fuentes citadas- dejó de trabajar exclusivamente a jornal, entorno a 1934, cuando el menor de sus tres hijos varones tenía entre 13 y 14 años; entonces se hizo pequeño arrendatario de tierras de huerta y de labor, en las que trabajarán sus hijos<sup>15</sup>. Las ocupaciones productivas campesinas, condicionadas por las estrategias domésticas de subsistencia, dependen evidentemente del ciclo vital familiar -de su propia oferta de fuerza de trabajo- y, además de no ser normalmente únicas, no son nunca estáticas.

### Tasas de actividad y edades de la escolarización

En Villamanta la escolarización primaria no se aparta del modelo predominante en España. Los porcentajes de escolarización (Tablas 2 y 3) no se diferencian mucho de los del total español, aunque son algo superiores a los mismos<sup>16</sup>. El diferencial sexual responde al que todavía prevalecía en España, a pesar de desigualdades provinciales: mayor escolarización de los niños. Finalmente, la escolarización decrece sensiblemente a partir de los 10 años<sup>17</sup>, en ambos sexos. Pero estos rasgos generales han de ser matizados, por grupos de edad, sexo y categorías socio-profesionales de los cabezas de familia.

Los datos del Padrón Municipal de 1930 parecen ser fiables, a juzgar por la similitud entre la cifra de niños escolarizados del Padrón (49) y la del Libro de matrícula del curso 1932-33 (55 alumnos a partir del mes de enero). En ambos casos (Gráficos 1, 2 y 3) el grueso de los escolarizados se sitúa en el grupo de edad 6-10 años. La disminución de la matrícula, en las edades superiores, se debe sobre todo al inicio de una actividad laboral reconocida, a partir de los 12 años. La tasa de actividad progresa aceleradamente en los últimos tres años de la escolarización obligatoria<sup>18</sup>. En 1930, el único chico de 14 años que sigue en la escuela es hijo de guardia civil. Todos los demás están inscritos como “jornaleros”. Con tal denominación, el Padrón parece referirse a los chicos no escolarizados, mayores de 11 años, que trabajan a tiempo completo, sea o no para el grupo doméstico de pertenencia, y en cualquier tipo de actividad laboral, no exclusivamente en la agricultura y ganadería<sup>19</sup>.

Los testimonios orales ponen de manifiesto que, entre los 10 y 12 años, la actividad laboral infantil

<sup>15</sup> “*Mi padre (trabajó) primero ganando jornal; luego ya, cuando salimos todos pues se metió a la labor y la huerta, hortelano y a segar*” (Crescencio Fresno).

<sup>16</sup> En septiembre de 1933, los porcentajes de alumnos matriculados en España, con relación a la población escolar eran de 53,29% para los niños y de 50,50 para las niñas (cálculos a partir de los datos -corregidos- del Anuario Estadístico de España. 1932-1933, Madrid, 1934).

<sup>17</sup> Para tener datos de matrícula por edades y sexo, hay que remontarse a la Estadística de Escuelas Nacionales. Población escolar, Escuelas, Matrícula, Asistencia. 1923 (Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, Madrid, 1924, pp.34-39), que compara datos de matrícula, de 1923, con cifras de población escolar (6-12 años) por provincias, procedentes del censo de 1920. Hasta los 9 años la matrícula supera el 50%, pero pasa a ser del 45 y 44 %, respectivamente, a los 10 y 11 años.

<sup>18</sup> Según los datos del padrón, las tasas de actividad son de 33,3% a los 12 años, 75% a los 13 y 91,6% a los 14.

<sup>19</sup> Esta suposición se basa en los testimonios orales, algunos ya citados.

emprende una andadura nueva. La memoria es raro que sea precisa, seguramente porque no puede acudir a una referencia clara que señale una ruptura determinante entre dos etapas distintas. Dionisio Núñez no recuerda exactamente cuándo dejó la escuela: “no creo yo que estuviera hasta los doce, no recuerdo bien”. Pero esos años son los mismos (“tendría entonces once añitos”) en que comienza a arar solo, con un par de borricos; y es también el momento de coger el azadón, hacia los doce. El pequeño de los Dadama (Dionisio) evoca puntualmente el inicio de una larga etapa: “de doce años, arando; y sigo arando hasta los ochenta”. “Me daban los araos, me daban en la cara como aquél que dice, eran más altos los araos que yo”. Por entonces también trabajaba con el azadón en las viñas. El tiempo del abandono escolar coincide con aquél en que el desarrollo físico del niño permite –aunque sea a duras penas- manejar los aperos de los hombres. Es entonces cuando su ocupación en las faenas adopta los mismos ritmos que los de sus mayores. La empuñadura del arado o del azadón hace las veces de rito de paso hacia una adolescencia en la que las pautas laborales son las del adulto. Siendo decisivo el desarrollo corporal del niño en su constitución como fuerza de trabajo, no ha de extrañar que en la actualidad nos encontremos con edades muy semejantes en zonas con una agricultura de escasa capitalización<sup>20</sup>.

El grupo más importante de padres con hijos de ambos sexos en edad escolar (1930)<sup>21</sup>, y de padres de varones matriculados en la escuela en 1932-33 (Gráfico 4), corresponde al de los jornaleros. Aunque estos últimos son los que –después de los artesanos- tienen una media mayor de hijos de 6-14 años por hogar<sup>22</sup>, es obvio que tal primacía deriva de su propio peso en la composición social de la población local. Pero no es entre los hijos varones de los jornaleros donde se da una mayor tasa de escolarización (Tabla 2) ni tampoco una menor. Es significativo que el comportamiento de este grupo, en lo que se refiere a actividades de los niños, sea muy similar al de los “asalariados” (trabajadores no agrícolas). En ambos casos no hay una escolarización completa a los 6-11 años, como en la mayoría de los otros grupos. Tampoco se da un pleno empleo de los chicos de 12-14 años, como ocurre entre labradores, hortelanos y casi también entre los artesanos. Los grupos domésticos constituidos como unidad de producción y de consumo tenían una capacidad de absorción de la fuerza de trabajo generada por su propia reproducción, aunque fuera limitadamente. No sucedía lo mismo con asalariados y jornaleros, necesitados de participación en las faenas exigidas por las estrategias de pluriactividad, pero incapaces de integrar la mano de obra de los hijos que se aproximaban a la adolescencia. Por otra parte, los pequeños arrendatarios con cargas excesivas, sin posibilidad de pagar jornales, debían recurrir a los brazos de sus propios hijos<sup>23</sup> más tempranamente que los propietarios y hortelanos<sup>24</sup>, con una posición más desahogada, sin rentas que pagar o con una agricultura intensiva de fácil comercialización.

Las relaciones de producción, la organización de las economías familiares, no son seguramente el único factor que determina la escolarización o no de la prole, pero son componentes fundamentales del entramado en el que se organiza la actividad doméstica y extra doméstica de los hijos. El trabajo infantil, tal como reconocían muchos coetáneos, fue un persistente obstáculo a la escolarización. En Villamanta, desde luego, no puede sostenerse que sean “las expectativas profesionales, así como el nivel educativo de los progenitores los factores que mayor peso tienen” (Núñez, 1992:275). Tampoco cabe afirmar que el

<sup>20</sup> Por más que sea algo esperado, no deja de producir cierto estremecimiento la lectura de testimonios recientes como el de este maestro chileno: “De 10 años para arriba aran. Cuando ya se pueden el arado (sic) ahí empieza la actividad. Atizan bueyes, aran, siembran y cosechan, todo para el consumo de ellos. Estando firme el niño, que no lo bote el arado, ya está bueno para el trabajo” (Gajardo y Andraca, 1988:69).

<sup>21</sup> Según los datos del Padrón, el 41% de los padres con niños y niñas de 6-14 años eran “jornaleros”.

<sup>22</sup> Las medias respectivas (entre paréntesis) son las siguientes: artesanos (2,3), jornaleros (2), propietarios (1,8), hortelanos (1,6), labrador (1,5), asalariados (1,5).

<sup>23</sup> Los 4 niños *sin ocupación*, hijos de “labradores” que no constan en el Catastro de 1934-35, pertenecen a 3 hogares en los cuales hay hermanos mayores, de 12 a 29 años, empleados como “jornaleros”.

<sup>24</sup> Tres de los seis hortelanos con hijos de 6-14 años son propietarios, según el Catastro de 1934-35. Ninguno de los otros 3 figura en la relación de “obreros agrícolas” del IRA (1935).

desinterés por la instrucción primaria fuera en ascenso a medida que descendía “la categoría profesional de los progenitores” (Núñez, 1990:144)<sup>25</sup>. Como se concluye en un excelente estudio sobre la niñez campesina boliviana de nuestro tiempo (Molina y Rojas, 1995:168), las tareas encomendadas a los niños se disponen, no tanto en relación a los “niveles de pobreza” de las familias, sino en función del tipo de unidades productivas y economías domésticas imperantes, en este caso explotaciones minifundistas que dependen de la fuerza de trabajo propia, de padres e hijos.

Los datos de abandono escolar –como los de asistencia- no deben contemplarse como signo inmediato de las actitudes familiares hacia la instrucción<sup>26</sup>. En primer lugar, porque la escuela pública y diurna, aun siendo fundamental, no era la única vía de la instrucción. En segundo lugar, porque la opción a favor de la ocupación laboral infantil no implicaba forzosamente una desconsideración hacia la escolarización, sino, antes que nada, una *necesidad* dentro del marco productivo de reproducción social. En cualquier caso, la valoración de la instrucción formal por los padres no puede considerarse como un hecho inmutable y nunca contradictorio con respecto a las prácticas concretas. Cuando no se tienen en cuenta las condiciones de vida, es fácil que el acento se ponga en las subjetividades, en las actitudes de los padres, tachados secularmente de ignorantes, desde los planteamientos iniciales del liberalismo.

En Villamanta había una “*escuela de adultos*” donde el mismo maestro de la escuela de niños impartía enseñanza, “*hasta que empezó la guerra*”. Dionisio Núñez, el mayor de todos sus hermanos, recuerda haber sido el que más tuvo que trabajar. Dejó la escuela antes de los doce años. Hacia los 15 ó 16 comenzó a frecuentar las clases nocturnas del cartero del pueblo, después de cenar, junto con otros cuatro chicos. Su padre le alentó: “*como él no sabía mucho, pues tenía mucho interés porque aprendieran los hijos*”. Entre los 20 y 22, acudió ya a la escuela de adultos del maestro D. José Cela (“*un hombre sensato, un hombre de mucha capacidad y un hombre inteligente*”). Según Dionisio Dadama, que siguió la enseñanza primaria hasta los 14 años, su hermano mayor asistía a la escuela de adultos, con unos 20 años, so pena de ser reprendido duramente por sus padres. Pero algunos de los que concurrían a la misma eran menores de esa edad: “*el que no podía ir a la escuela ya que hacía falta a su padre, de once años en adelante, pues iba a la escuela de adultos ya por la noche*”. No se conservan datos de esta escuela nocturna, pero la instrucción tardía es un indicio de que no siempre se abandonó la escuela por desinterés hacia el aprendizaje elemental.

La estructura de edades del grupo familiar no tiene una incidencia clara en la escolarización, ni en el abandono de la escuela antes de la edad reglamentaria. La mayoría de los quince niños de 6-11 años, a los que el Padrón no asigna ninguna ocupación, tienen de uno a cuatro hermanos varones mayores. Sólo uno de los nueve chicos que a los 12 y 13 años han abandonado la escuela –inscritos en el Padrón como “jornaleros”- es el mayor de sus hermanos. Por otra parte, dos de los cuatro hijos de jornaleros que a esas edades permanecen escolarizados son precisamente los mayores de sus hermanos. La muestra es muy reducida como para extraer conclusiones, pero puede asegurarse que las edades de los niños y las formas de organización de las economías familiares se revelan como más decisivas, en la orientación de las actividades de los menores de 14 años, que el lugar ocupado entre los hermanos. Los testimonios orales son una vez más reveladores. La memoria puede ser inexacta en los datos que retiene, pero es siempre significativa en cuanto a las relaciones que establece. Julián Molina, el penúltimo de siete hermanos, precedido por dos varones, asocia un temprano abandono escolar a ciertos cambios en las estrategias

---

<sup>25</sup> La memoria confirma lo que apuntan las fuentes cuantitativas. Los hijos de los Gascón López fueron todos a la escuela hasta los 14. “*Mis padres querían que supiéramos*” –recuerda Teresa Gascón -. El padre era jornalero con una muy pequeña huerta arrendada; la madre era modista. Sólo cuando los chicos acababan la escolarización obligatoria, “*era cuando mi padre formaba cuadrilla con ellos, para segar y para abrir hoyos y para ir a vendimiar, y para todo, todo en el campo, hasta que ya ellos se fueron (a Madrid)*”.

<sup>26</sup> Cohen (1992), que contrasta datos de escolarización diurna y nocturna, en una pequeña localidad industrial irlandesa, llega a la misma conclusión recurriendo también a testimonios orales.

económicas del grupo doméstico: “*Dos años estuve yo en la escuela. A los ocho años me sacó mi padre, porque compró un par de mulas nuevas que había que domarlas, y entonces, como yo ya tenía ocho años, me iba delante de las mulas, delante, agarrado al ramal para que se enseñaran, y uno de mis hermanos mayores pues arando. Total, que se acostumbraron las mulas a mí, y mis hermanos iban más conformes con que fuera yo, porque así no tenían que tirar de los ramales; bueno, en total, que ya no pisé la escuela. Lo poco que sé, las cuatro reglas que sé y todo eso lo he aprendido después*”<sup>27</sup>. Según Juan Núñez, sus hermanos pequeños fueron menos a la escuela que los mayores, porque no tardaron en ocuparse cuidando ovejas que su padre acababa de adquirir<sup>28</sup>.

En el conjunto español, sabemos que el diferencial sexual en la escolarización infantil tendió a disminuir -con desigualdades provinciales- a la vez que aumentaban los promedios de niños y niñas matriculados. En Villamanta persisten claras diferencias de sexos en el volumen de la matrícula escolar, en 1930 (Tablas 2 y 3). Sólo entre las hijas de artesanos y de cabezas de familia con actividad en el sector servicios, la inscripción porcentual en la escuela de las niñas supera a la de los niños. En el caso de las otras ocupaciones, el diferencial sexual se agrava, en detrimento de las niñas. Ahora bien, es importante distinguir a su vez la matrícula por grupos de edades: en las primeras edades, las niñas se inscriben en la escuela con mayor intensidad que los niños, pero la abandonan antes que estos y de forma más generalizada. Si nos fijamos exclusivamente en el conjunto heterogéneo de hogares estrictamente campesinos (labradores, hortelanos, propietarios y jornaleros), observamos (Gráficos 2 y 3) que las niñas comienzan a frecuentar la escuela antes de la escolarización obligatoria -en número reducido-. Entre los 6 y los 10 años su escolarización es claramente más elevada que la de los niños, pero decrece posteriormente, de manera fulminante, mientras que estos últimos, a los 11-14 años, reparten su actividad en proporciones iguales entre la escuela y el trabajo. En el temprano abandono escolar femenino hay mucha más unanimidad, entre las diferentes categorías socio-profesionales, que en el abandono masculino. Es evidente que deben intervenir factores más universales que los que tienen que ver con la organización de la propiedad y de la producción. La cultura de género era seguramente la principal responsable del diferencial sexual. Pero la división sexual del trabajo, condicionada por la propia cultura de género, debe ser considerada como uno de los factores del precoz abandono escolar por parte de las niñas.

Por más que el término “sus labores” (“SL” en el Padrón) esconda situaciones muy desiguales, es obvio que se opone a escolarización (“escuela” en el Padrón). Antes que desecharlo, es menos estéril considerarlo como indicador de las niñas potencialmente activas, teniendo en cuenta que también se opone al vacío en la casilla del Padrón correspondiente a “profesión, oficio u ocupación”. Es, por otra parte, el término que se reserva a las mujeres, casadas o no, y que esconde su participación en las estrategias laborales de los grupos domésticos, el trabajo realizado tanto dentro como fuera del hogar. De alguna forma, esas niñas son equiparadas por el Padrón al mundo adulto respectivo, como lo eran los chicos señalados como “jornaleros”, pero más precozmente que estos. A ninguno de ellos le asignó el Padrón la *profesión* de “jornalero”, antes de los 12 años, mientras que el porcentaje de las niñas a las que se le atribuyen “sus labores” es ya alto a los 10 años y crece hasta el 100 % al final de la edad escolar obligatoria<sup>29</sup>.

En el caso de las niñas, como en el de los niños, el abandono escolar no estaba determinado por la estructura de edades del grupo familiar. No influía el ser o no la mayor de las hijas de una misma familia. Las hermanas mayores trabajaban probablemente más que las pequeñas, pero no por ello dejaban antes la escuela, al menos formalmente. La mayoría de las niñas de 10 a 14 años se dedicaban a “sus labores”,

<sup>27</sup> Julián Molina debió abandonar la escuela después de los 10 años, porque con esta edad estaba inscrito en la misma, aunque con un absentismo elevado (41% del tiempo escolar).

<sup>28</sup> Véase el texto citado más arriba.

<sup>29</sup> Las tasas de las niñas activas o potencialmente activas, con *profesión* “sus labores” son las siguientes (edades entre paréntesis): 42,8 (10); 55,5 (11); 83,3 (12); 92,8 (13); 100 (14).



fueran o no las mayores: entre el 75 y el 80%, respectivamente. Aunque existía una clara desigualdad en las edades del abandono escolar, según el sexo, las edades normalizadas por el correspondiente patrón de género eran igualmente decisivas en la orientación de la actividad de niñas y niños.

Nunca sabremos todo lo que se esconde detrás de “sus labores”. Pero la memoria de las experiencias vividas apunta hacia el trabajo como actividad que podía llegar a ocupar la mayor parte del tiempo de niñas no escolarizadas. Contrariamente al empleo de los niños –a quienes como mucho se les encargaban recados, dentro del ámbito doméstico-, las ocupaciones asignadas a las niñas solían comportar una doble presencia (Borderías, Carrasco, Alemany, 1994), en la esfera productiva y en la reproductiva, característica también del trabajo femenino adulto. En ambas esferas podían desarrollarse combinaciones de tareas regulares u ocasionales, remuneradas o no. Entre estas últimas, la más importante era el trabajo doméstico en el propio hogar o fuera del mismo -en beneficio de algún familiar-, trabajo de ayuda a la madre o incluso de substitución de la misma. Otras faenas no pagadas son las que se ejecutan en el ámbito productivo, en función del ciclo agrícola: participación en los momentos álgidos del mismo, espiguelo de cereales y rebusca de garbanzos, de pequeños racimos de uva, de bellotas o de “*lo que fuera*” (Maximina Pérez), en la dehesa, en tierras propias o de otros. Entre las labores remuneradas, cabe distinguir también aquellas que requerían una dedicación regular y casi completa, de otras estacionales. Las primeras, en el ámbito doméstico, implican venta de servicios. Aquí nos encontramos con los empleos más característicos de las niñas, comunes a otros pueblos: empleo como niñeras en hogares extraños, que podía darse a los 8 años; y más tarde, entre los 10 y los 14, emigración hacia Madrid, para colocarse de criadas (con actividades no siempre estrictamente domésticas) o hacia lugares próximos con una demanda de servicios, como Navalcarnero. La salida de niñas y adolescentes, con destino al servicio doméstico de la capital, fue un hecho común a localidades del entorno rural madrileño (Chicote Serna, 1987), cuyo alcance –en las primeras décadas de este siglo- está por estudiar. Finalmente, de las actividades estacionales remuneradas, se destaca el trabajo en las huertas, en la recogida de judías y tomates.

Entre los 8 y 11 años, el coste oportunidad de la escolarización debía ser más elevado en el caso de las niñas que de los niños. Por dos razones. En primer lugar, porque, en la medida en que el trabajo doméstico no requería un aprendizaje complejo, y no exigía del desarrollo físico de los inicios de la adolescencia, las tareas que comportaba podían ser asignadas a temprana edad. La división sexuada del trabajo las hacía recaer sobre las niñas, forzando incluso sus capacidades. Cuando se las responsabilizaba de substituir a la madre –dentro de las estrategias del grupo familiar-, su dedicación era incompatible con la escolarización. Esas niñas, consagradas tan pronto a “sus labores”, se representaban a sí mismas como *mujeres*<sup>30</sup>, antes que los niños pudieran verse identificados con el trabajo de los hombres. En segundo lugar, el trabajo doméstico realizado para otros, dentro o fuera del pueblo, incompatible también con la escolarización, permitía ciertos ingresos a la economía familiar o, al menos, una disminución de los gastos de manutención, a unas edades en la que los niños no podían hacer aportaciones semejantes.

El padre de María Nieto, identificado como “jornalero” en el Padrón, trabajaba de hecho una “*tierrecita*” (96 ptas. de líquido imponible) que el abuelo dejó a nombre de una de las dos tías de María, ambas solteras y empleadas en Madrid, en el servicio doméstico. María se colocó de niñera en el pueblo, a los 9 años. “*Me daban la comida y cinco pesetas al mes. Pero es que mi madre tenía entonces, cuando yo hacía esto, tenía seis hijas. (...) y ya empecé a dejar de ir al colegio porque esa señora me daba de comer y... y no interesaba el que yo aprendiera más o menos; como yo todas. Y yo sé la que más de mis hermanas*”. A los diez, se fue a servir a Madrid. Estuvo primero en casa de una modista, que la tenía también de repartidora, y luego, antes de cumplir los catorce, en una lechería. Todos los días andaba varios kilómetros, distribuyendo leche, “*con las lecheras en la mano, que llevábamos...no me acuerdo, cuatro o cinco en cada*

---

<sup>30</sup> Véanse más adelante los testimonios citados.

*mano llenas; a mí se me pusieron..., todavía por poco si me duelen los callos que tenía de las lecheras”.* Sus hermanas siguieron el mismo camino: *“si no tenían diez, tenían como mucho catorce años; como mucho catorce años cuando ya nos íbamos a Madrid”.*

Julia López, hija de artesano (herrero y carpintero), era la mayor de cinco hermanos (en 1930). Se considera todavía algo privilegiada por no haber tenido que salir del pueblo para trabajar de criada: *“He sido señorita de pueblo; y mis hermanas, porque no hemos ido ni a servir, que entonces, en cuanto valían para ir a servir, iban a Madrid o adonde pudieran las madres, en el pueblo de niñeras o de lo que fuera. Pero nosotros no, porque mi padre el pobre trabajaba mucho y le daba para darnos de comer”.* Aunque no abandonó el pueblo, ni trabajó para otros, las ocupaciones de Julia dentro del hogar fueron muy tempranas e intensas. *“Con ocho, ya era yo una mujer grande para mi casa”.* Asumía la carga de un adulto sin tener todavía la capacidad física. Su madre la colocaba sobre un cajón, para que pudiera llegar al fregadero. No alcanzaba tampoco a las camas y le costaba mullir los colchones de lana –*“jes que no podía, no tenía edad!”*-. Se ocupaba también de acarrear agua para todas las necesidades domésticas, tarea que se multiplicaba cuando no era posible lavar en el arroyo, donde generalmente ayudaba a su madre; zurcía y remendaba –*“a los ocho años o antes ya estaba yo cosiendo”*-.; cuidaba de sus hermanos mientras vigilaba el puchero; realizaba además faenas domésticas para una tía suya, más condescendiente con ella que su madre.

La escolarización de algunas niñas fue probablemente más formal que real, como en el caso de Julia López; o en el de Maximina Pérez<sup>31</sup>, hija de peón caminero (más tarde pequeño agricultor), la más pequeña de quince hermanos –*“pero nunca nos hemos llegado a juntar a la mesa nada más que seis”*-. Su madre trabajaba fuera de casa –*“hacía de todo”*- y sus hermanas mayores se fueron a servir a Navalcarnero. Por ello, aun siendo la pequeña, le tocó encargarse de las tareas domésticas. *“De nueve me sacaron ya del colegio, porque ya era una mujer. Ya fregaba, hacía las camas, tenía cuidado de los pucheros y hacía la cena: las patatas guisadas, durmiendo las hago yo, porque era la cena de todos los días”.* La corta escolarización de Maximina fue al mismo tiempo muy desigual, porque siempre que su madre salía de casa, por unas horas, quedaba ella al cargo de ciertas tareas. Además de fregar, subida a un banco, *“tenía que ir a ver el cocido que no dejara de cocer, para que luego mi madre se lo trajera a mis hermanos a la huerta. Y hacía lo que me parecía: levantaba las camas; antes de poder las hacía”.*

## **Absentismo escolar y trabajo infantil**

El trabajo doméstico, cuando no absorbía gran parte del tiempo cotidiano, podía ser compatible con la escolarización, igual que el trabajo estacional. Ahora bien, su mayor regularidad y elasticidad debían ser causantes de un absentismo de las niñas más intenso, en algunos periodos –en invierno sobre todo-, y más irregular generalmente que el absentismo de los niños. Esta hipótesis, que diversos estudios han apuntado<sup>32</sup>, no podemos contrastarla en Villamanta por falta de fuentes. No obstante, las entrevistas sugieren que la asistencia escolar de las niñas con responsabilidades domésticas podía ser muy discontinua. Julia López, que con 11 años estaba matriculada en la escuela (1930), recuerda que sus faltas de asistencia eran demasiado frecuentes: *“Yo no he ido nada. Lo poco que sé, es porque he tenido intención de quererlo aprender. La que iba detrás de mí -su hermana de 8 años- la decía a la maestra: Dice la señora Juana que haga usted el favor de dejar a la Julia, que se tiene que ir al arroyo. Al otro día iba a lo mejor a la escuela*

<sup>31</sup> De Maximina es la frase que ha dado título a este trabajo. Ha sido la mujer de más edad (n.1908) de todas las entrevistadas.

<sup>32</sup> Viñao, 1998:109; Fuentes, 1993:237; Sanchidrián, 1986:286-96; Domínguez Cabrejas, 1989, II:271. Véase también: Davey, 1975; Madoc-Jones, 1977; Gomersall, 1997:72.

*un rato; igual, que tenía que ir al arroyo, y como había tanto que lavar siempre, pues al arroyo”.*

El historiador no podrá medir nunca los diferentes tiempos de las ocupaciones infantiles, tal como han hecho algunos sociólogos que se han interrogado sobre la incidencia del trabajo infantil en la instrucción primaria, en zonas rurales (Molina y Rojas, 1995). Pero el historiador puede contar con fuentes que le permiten seguir el camino inverso: cuantificar el absentismo escolar para preguntarse sobre el uso del tiempo sustraído a la educación formal. En España, la Estadística de Escuelas Nacionales elaborada por el Ministerio de Instrucción Pública en 1923<sup>33</sup>, no se limitó a publicar datos provinciales de la asistencia media anual de alumnos de ambos sexos, como venía siendo habitual, desde 1885, en las estadísticas escolares facilitadas por la Administración central. Por primera vez se publicaban cifras mensuales de asistencia media por provincia, sin diferenciación de sexo, al mismo tiempo que se daban a conocer los resultados de una encuesta realizada entre maestros de las distintas zonas de inspección, en la que se les preguntaba sobre la frecuencia de la asistencia, según las edades, y las “causas principales” del absentismo escolar<sup>34</sup>. De tales datos se desprende un modelo generalizado de absentismo<sup>35</sup>, con dos características básicas. En primer lugar, la asistencia fluctúa estacionalmente. La asistencia media global sigue una curva ascendente, después de septiembre, que pasa a ser descendente después de abril. Septiembre es el mes de asistencia mínima en 24 provincias, mientras que junio lo es en otras 22<sup>36</sup>. La asistencia máxima corresponde a los meses de enero, febrero y marzo en la mayoría de provincias. En segundo lugar, la edad se revela como un factor decisivo de la presencia o no en las escuelas. Los diez años constituían una frontera clara entre una mayor regularidad de la asistencia, en los primeros cursos de la escolarización, y una mayor irregularidad en los últimos<sup>37</sup>. La contabilidad de las respuestas acerca de los determinantes del absentismo es muy confusa como para tenerla en cuenta, pero puede retenerse que “el trabajo prematuro de los niños” y el “abandono de padres y autoridades” se apuntan como los motivos más importantes, mientras que “las circunstancias de locales y distancias” se anotan en contadas ocasiones.

La curva de asistencia escolar en Villamanta no sigue una evolución muy dispar de la curva de promedios españoles de diez años antes (Gráfico 4). El comienzo es divergente. Al iniciarse el curso, en septiembre, la asistencia en el pueblo madrileño alcanza un máximo que no volverá a repetirse. Pero en ambos casos –en Villamanta después de una manifiesta caída en octubre- la asistencia crece a finales del otoño, manteniéndose elevada a lo largo del invierno. En Villamanta hay un retroceso en enero y un incremento notable de la asistencia, que se acerca a las cifras del inicio de curso, cuando los rigores invernales se han dejado atrás, en marzo. El descenso de la asistencia, en plena primavera, después de abril, es mucho más pronunciado en Villamanta, con datos que llegan hasta el mes de julio. El absentismo se generaliza en el último trimestre del curso. Catorce niños, de los cincuenta y cinco inscritos, desaparecen de la escuela en el mes de junio. En julio, aunque sólo se imparten clases hasta el día 11, en horario de media jornada, la asistencia vuelve a retroceder de forma acelerada: en estos días del verano, la escuela es abandonada totalmente por 33 alumnos.

La fluctuación estacional de la asistencia -más rotunda en un núcleo rural- sugiere desde luego una vinculación de la misma con el ciclo agrícola. La diferenciación del absentismo, según las edades de los

---

<sup>33</sup> Véase referencia completa en nota 16.

<sup>34</sup> Se recibieron un total de 30.000 respuestas de maestros, agrupadas en cada zona por los inspectores respectivos, con criterios que no se explicitan.

<sup>35</sup> Este modelo es sin duda muy tosco, no distingue entre sexos y apenas entre edades; se basa en medias provinciales seguramente infladas; en respuestas a una encuesta de criterios imprecisos. Pero no por ello debe ser desestimado.

<sup>36</sup> La asistencia media global es de 51,7 % en septiembre, 65,7 % en febrero –en su punto más alto- y 52,4 % en junio.

<sup>37</sup> Las respuestas son muy unánimes. Las edades de asistencia escolar más regular se sitúan entre los 6 y los 10 años, y las de mayor irregularidad entre los 10 y los 13, en la mayoría de las zonas de inspección. En las restantes se avanzan los tramos de edad 6-9 y 10-12 respectivamente.

chicos y según las ocupaciones de sus padres, conduce a una conclusión firme: la participación de los niños en las tareas determinadas por el calendario agrícola es el factor más decisivo del extendido absentismo escolar. De su evolución, según las distintas actividades paternas (Gráfico 5), se desprenden supuestos significativos. En primer lugar, y como es lógico en una población agrícola, son los comportamientos de hijos de campesinos de diverso tipo los que determinan las fluctuaciones de los promedios generales: incremento de las ausencias en octubre, mayor frecuentación en invierno y absentismo generalizado en primavera-verano. De las ocupaciones no agrarias, son las escasas del sector servicios –profesiones liberales sobre todo- las que no acusan de ninguna manera la eventual incidencia del calendario agrícola. Los hijos de artesanos y asalariados son los únicos que mantienen un elevado absentismo en invierno, pero en el último trimestre se alejarán también de la escuela, en una desbandada protagonizada más activamente por la prole de hortelanos y labradores. La masiva retirada de la escuela practicada por estos últimos confirma algo que se deducía del análisis de las tasas de actividad y de escolarización: el trabajo infantil es más intenso entre los grupos domésticos constituidos como pequeñas unidades de producción. En el caso de los hijos de labradores, el abandono de la escuela en el mes de julio llega a ser casi total. En ello no influyen las edades de estos últimos. Todos son menores de 13 años y más de la mitad de los mismos tienen entre 7 y 9 años.

**Tabla 3: Promedios de absentismo escolar (%) Villamanta, 1932-33 (hijos de campesinos)**

Edades	IX-VII	V-VII
seis	43,18	67,09
siete	25,95	51,36
ocho	41,42	69,72
nueve	36,61	65,12
diez	47,79	85,97
once	43,51	80,37
doce	41,70	80,16
trece	58,56	98,02

Como puede observarse en la Tabla 3, entre los nueve y los diez años se establece una separación entre dos grupos de edad diferenciados por su comportamiento escolar. La frecuentación de la escuela es mucho menos intensa a partir de los diez años que en edades anteriores. El contraste entre ambos grupos es bastante más manifiesto si se tienen en cuenta los promedios del último trimestre. Aunque en esta época el absentismo es elevado a todas las edades, de los diez a los trece es casi total. En el mes de julio, ningún niño de este grupo de edad asiste a la escuela (Gráfico 6). Es precisamente en esos años -recordémoslo- cuando se incrementa el abandono escolar. Y es a partir de los diez cuando los testimonios orales informan de una mayor dedicación al trabajo agrícola. Por otra parte, no sólo en primavera-verano nos encontramos con un absentismo más intenso entre los más mayores. En el mes de octubre son los niños de once, doce y trece años los que más faltan, con porcentajes mucho más reducidos que los del último trimestre, pero netamente superiores a la media general (38,7%). Una vez más, las prácticas escolares de los niños de Villamanta -en este caso, las variaciones de la frecuentación escolar en función de la edad- no se apartan de las que parecían predominar en gran parte de España.

Como ocurría con el abandono escolar, el lugar ocupado entre los hermanos no influía en la asistencia escolar, por lo que tampoco podía incidir en la intensidad del trabajo infantil. Los promedios totales de absentismo entre los primogénitos y entre los mayores de los hermanos varones eran muy bajos: alrededor del 32% en ambos casos. Entre los dieciséis niños hijos de campesinos que superaban la media general de

absentismo, apenas había alguno que fuera el mayor de los varones o el primogénito<sup>38</sup>. La ocupación de los padres y la edad de los hijos -su capacidad física en definitiva- siguen siendo los factores más decisivos en la distribución del tiempo asignado a actividades laborales y escolares de los niños. El tamaño de la familia pudo pesar también en dicha asignación: los niños que menos asistían a la escuela pertenecían a familias más numerosas que las de aquellos que más la frecuentaban<sup>39</sup>.

En la memoria de los niños de entonces, únicamente se recuerda una época del año como aquella en que no había cortapisas para la asistencia escolar, o estas eran las menores de todo el curso. Y desde el presente, ese periodo se contempla como muy breve. *“En el invierno, cuando no tenía edad, entonces era cuando iba los cuatro días esos al colegio, que fue cuando aprendí un poquillo”* (Julián Molina) *“... No siendo el hueco del invierno –al que Juan Núñez se refiere también como “el tiempo muerto”- estábamos siempre atareados; no sé ni como yo mismamente, no sé ni como yo aprendí algo”* (Juan Núñez). La asistencia escolar de Crescencio Fresno fue muy regular, cuando tenía seis años, en 1932-33, pero debió disminuir considerablemente en años posteriores, a juzgar por sus recuerdos, en los que no era tanto el parón invernal sino la lluvia la que le dejaba tiempo para la escuela: *“Cuando llovía que no podía ir al campo iba a la escuela; a lo mejor iba ... diez veces al año”*.

El invierno era también *“el tiempo de la labor”* (Dionisio Núñez), lo que implicaba tareas adjudicadas a los niños a partir sobre todo de los once-doce años. Y cuando esto ocurría, cuando el niño tiraba del arado o cogía el azadón, pues entonces su dedicación solía ser completa y abandonaba la escuela, como ya vimos. En invierno, no obstante, había ocupaciones en las que participaban los más pequeños. En enero, cuando se podaban las viñas, eran ellos los que recogían los sarmientos. *“Teníamos que recogerles, atarles y todo”* (Juan Núñez). *“Se hacían gavillas para llevarlas a casa, que eso era con lo que guisábamos, con las gavillas de sarmientos”* (Dionisio Dadama). Por entonces se recogía la aceituna, una faena a la que acudían más chicas que chicos, a cambio de *“un jornalito”*. María Nieto empezó a ir con unos diez años. *“Mis hermanas también, cuando ya tenían edad para ir a la aceituna, pues íbamos. Pasábamos un frío horroroso; hacían lumbre los hombres y cuando descansabas un poco ibas a la lumbre, pero cuando no, estabas cogiendo las aceitunas y ... pues a lo mejor calentábamos una piedra en la lumbre, y nos la llevábamos para calentarnos las manos, en la lata donde echábamos las aceitunas”*.

*“En cuanto venía la primavera”* las ocupaciones infantiles se intensificaban, como ocurría por todas partes. En Villamanta, era la época del trabajo en las huertas. Con ocho años comenzó Julián Molina a regar en la huerta de su padre: *“porque tampoco tenía edad para otra cosa, a regar sí, a ayudar ya a lo que podía”*. Cavaba también los tomates, las judías y los pimientos, sirviéndose de *“un azadito”* o legón que, sin estar construido especialmente para los niños, como podía ocurrir con otros instrumentos, se adaptaba a la capacidad física de los más pequeños, de los menores de 11 años, y era utilizado por niños y mujeres en otras zonas de huerta (Borrás, 1996). El trabajo en las huertas podía ser también a jornal, en huertas de otros. Juan Núñez iba con doce años a recoger judías y tomates, antes de que su padre tuviera dos huertas propias. Le pagaban dos pesetas al día. Era un trabajo realizado más por mujeres que por chicos. Con trece años, Juan Núñez sembraba ya tomates o patatas, y muchas veces se quedaba a dormir en las huertas del padre, junto con otro chico pagado a jornal. *“Se echaban muchas horas, de sol a sol. Y luego, es que la huerta requiere mucho trabajo, porque hay que andar recogiendo las verduras, apañándolas. Entonces había que apañarlas, porque había canastas e ibas colocando el tomate (...), en fin trabajo, se hacía mucho trabajo en la huerta”*.

---

<sup>38</sup> Sólo uno y uno respectivamente, mientras que entre los 19 niños restantes había 2 primogénitos y 6 varones mayores.

<sup>39</sup> Las familias de los niños con un absentismo escolar superior a la media (40,85) tenían por término medio 4,73 hijos/as residentes en el hogar (moda = 6); el resto de las familias, 3,47 (moda = 3).

Con el verano llegaban los meses más duros. Sin abandonar las faenas en las huertas, había que ocuparse de la cosecha del cereal. “*En el verano ya no pisaba (la escuela). (...) Iban cuatro (niños) nada más, de los más pudientes del pueblo, los demás a buscar las cagadas de lagarto como se suele decir*” (Julián Molina). Los niños participaban muy activamente en la siega y la trilla. Salían del pueblo con las cuadrillas de segadores, que rivalizaban entre ellas por ser las primeras en llegar a la tierra. En la memoria de aquellos niños, la falta de sueño se recuerda con vigor. “*Te quedabas dormido según ibas andando*” (Julián Molina). “*Ibamos y llegábamos a la tierra y a lo mejor tenías que tumbarte un poquito porque todavía no era de día para poder empezar a segar. (...). Por regla general comías en la tierra donde se iba a segar –uno iba por la olla que se decía-, se comía y se echaba uno un rato, a lo mejor una hora o dos descansando, y luego ya otra vez, toda la tarde hasta que se ponía el sol, sin parar (...). Entonces sí que era trabajo*” (Juan Núñez). Los niños realizaban tareas auxiliares, además de segar y trillar. Unas y otras las hacían desde antes de los diez años, e incluso antes de los siete en el caso de las faenas auxiliares. Esta iniciación a los trabajos del adulto era desde luego ruda, hasta tal punto que lo exigido podía situarse en el límite de las capacidades físicas y psicológicas de los pequeños.

Tareas auxiliares de la siega, asignadas a los más pequeños, eran las que correspondían a los “*olleros*”, ir “*a por el almuerzo al pueblo, con el borrico*” y, además, “*atar, que era coger mieses y en unos hatillos así atados, ir haciendo haces*” (Crescencio Fresno). Pero no siempre podían los niños completar esta faena: “*Yo no tenía fuerza para atar; hacía montones y luego (mis hermanos) hacían el hatillo y lo ataban*” (Julián Molina). Con cuatro años ya iban los pequeños solos, a buscar el almuerzo de los segadores, montados en un burro, como el hermano menor de Crescencio, Zacarías Fresno. En este recorrido de ida y vuelta, bastaba un gesto descuidado, en un cruce de caminos, para que el niño se extraviara con el animal. Julián Molina no recuerda con qué edad le ocurrió, pero sigue teniendo muy presente el llanto que le provocó<sup>40</sup>, motivado probablemente por su incapacidad para cumplir con la responsabilidad encomendada por los más mayores, y también -como en otros casos similares, en lugares diferentes (Borrás, 1996)- por el temor ante el reto de lo desconocido. Estas ocupaciones podían ser remuneradas: “*Qué dinero ganaría yo cuando casi tres meses, dos meses y medio, casi tres, en verano, gané ochenta pesetas. Con esas ochenta pesetas mi padre compró una trilla, para trillar. Así que estuve todo el verano, que vale más lo que me comía, al sol en esa edad, muertecito de sueño porque a medianoche me sacaban para ir al campo*” (Julián Molina).

Casi todos los entrevistados recuerdan haber comenzado a segar entre los siete y ocho años –“*seis u ocho añitos*”, dice Dionisio Núñez-. Con la misma hoz que los adultos: “*Con una hoz grande ya*” (Dionisio Dadama). “*Tenían que ser hoces buenas. Eran iguales todas. ¡Qué iba a haber más pequeñas, ni más ...! Los pequeñines, eso era para segar hierba*” (Crescencio Fresno). Como los adultos, los niños se protegían con dediles de caña y cuero. “*Si se cortaba uno, pues (...) se ponía un trapito con vinagre y ¡hala!, y a seguir*” (Dionisio Dadama). La diferencia con el trabajo de jóvenes y adultos radicaba en la reducción de la labor confiada a los más pequeños. Segaban un solo surco. “*Los hombres mayores llevaban dos, y yo uno nada más, a media piedra, por eso yo cobraba la mitad*” (Crescencio Fresno). Dionisio Núñez ayudaba al menor de sus hermanos, segando una parte de lo que le correspondía, para que no se retrasara, “*para que él lo hiciera a la par nuestra*”. Hacia los doce años era cuando se comenzaba ya a segar a dos surcos, cuando la faena se equiparaba totalmente a la del adulto.

En el trillo se montaban los niños con las mismas edades que comenzaban a segar. “*En cuanto tenías siete u ocho años, a trillar. Que entonces se trillaba con animales y con trillas, y no como ahora que hay*

<sup>40</sup> “*Cómo sería yo, ¿eh?, que para venir al pueblo a por la comida, me perdí. Me dijo mi padre: -tú no tienes que tocar al burro para nada; el burro va solo a casa. Y era verdad; pero al pasar ya por una vaguada de un chorrero, el burro se quedó un poco y le dí. Se desvió el burro y yo dije: -por aquí no es. Y ya me volví llorando otra vez al corte, y ya tuvo que venir un hermano, que iba delante de mí, a por la comida al pueblo. ¡Cómo sería yo! a ver, para no saber venir al pueblo*”.

*más máquinas, claro. Ahora van al campo y se lo traen todo limpio ya. No, no era (divertido), era muy trabajoso. Te aplanaba el sol, te comía el sol, a ver ...(...), dando vueltas, vueltas ...”.* Julián Molina no tiene desde luego una visión idílica de la trilla, común a muchos que la practicaron ocasionalmente, como un juego. Esta ocupación podía ser asalariada: *“En las casas grandes, en el verano, pues se cogía a un par de chicos, a tres de estos, de seis, ocho añitos, que eran los que estaban trillando; y los mayores eran los que volvían la parva”* (Dionisio Núñez). Pero la trilla no estaba reservada a los niños, aunque era menos corriente que se ocuparan las chicas que, por otra parte, seguían en este quehacer a edades en las que las tareas de los muchachos no se diferenciaban de las de los adultos. Maximina Pérez trilló, siempre en el marco de la agricultura familiar, *“hasta doce, hasta catorce o quince años, bueno hasta dieciséis; luego ya no”*.

La vendimia, la actividad más importante del otoño, movilizaba brazos de ambos sexos y de edades diferentes. Si la explotación era familiar, se recurría a toda la fuerza de trabajo posible. *“Llegaba el mes de octubre y a vendimiar. Como no se podían dar jornales, pues a vendimiar todo el mundo(...). Que podía ir uno, pues uno, que podías ir los cuatro, pues íbamos los cuatro”* (Dionisio Dadama) *“No se desperdiciaba nada. Cuando era a vendimiar, había que ir, y íbamos todos, todos los días que fueran”* (Juan Núñez). La participación de los niños se iniciaba a las mismas edades que la siega. Los que hacían de *olleros* seguían siendo los más pequeños. Algunos vendimiaban ya a los seis años<sup>41</sup>, pero era más corriente comenzar después de cumplir los siete. Todos los vendimiadores usaban el mismo instrumento: *“una navajita que la llamábamos corvillo, para cortar los racimos”* (Crescencio Fresno). Juan Núñez reconoce que era inevitable perder días de escuela: *“Si tenías que perder ocho, diez, doce días pues, o quince, los que fueran, pues tenías que perderlos, porque también aprovechaban a llevarte para ...; parece que no, pero era una ayuda, por muy poco que cortaras”*. No todo era trabajo en la agricultura familiar. Crescencio Fresno, hijo de jornalero, comenzó a vendimiar a jornal con doce o trece años. En cualquier caso, la ocupación de los niños en la vendimia era menos intensa que en la siega, si tenemos en cuenta el absentismo escolar (Gráfico 6). Quizás, porque la participación de mujeres y chicas jóvenes parece haber sido mayor en la vendimia que en la siega. Pero en ambos quehaceres, aunque los testimonios revelen edades muy tempranas de iniciación, la intensificación del trabajo estaba en función del desarrollo físico del niño, de su capacidad laboral.

El tiempo dedicado a actividades laborales no se confunde, evidentemente, con el tiempo del absentismo escolar, porque no todas las faltas de asistencia pueden ser achacadas al trabajo infantil, y porque había niños que realizaban determinadas tareas fuera del horario escolar. La escuela solía cerrar sus puertas antes de que cayera la tarde<sup>42</sup>. En cuanto la abandonaban, algunos chicos debían encargarse de las faenas que les estaban encomendadas, ocuparse sobre todo de preparar los establos para cuando llegara el ganado. Unas responsabilidades en las que se hace evidente la autoridad del padre –del *padre padrone*–, ya que todo tenía que estar listo para cuando él regresara del campo. *“Nosotros aviábamos las cuadras y las echábamos camas. Teníamos que aviar la paja para los animales, incluso las algarrobas que se molían con un molinillo de esos de piedra. En fin, dejar todo preparado para cuando volvieran los mayores, o mi padre, de arar. Venían ya de noche o casi de noche, y, claro, no se iban a poner luego ellos a hacerlo. Por eso digo que salíamos de la escuela y salíamos corriendo a todas esas cosas”* (Juan Núñez) La experiencia del pequeño de los Dadama no fue muy distinta: *“Entonces mi padre decía: ‘tienes que poner algarrobas para cuando venga yo del campo’. Y lo tenías todo preparado. A zarandar paja, que se llamaba, para las vacas, para dárselo bien zarandaíto. Como la vaca no masca, lo traga, pues bien zarandaíto para que se lo*

<sup>41</sup> *“De seis años iba a vendimiar, porque entonces había aquí muchísimas viñas, muchas. Venían gente de ahí de la parte de Avila a vendimiar. Y entonces, a lo mejor mi padre cogía tres o cuatro para vendimiar. Y entre ellos y yo ..., si era mayorcillo pues también ayudaba en lo que podía ; a ver!”* (Dionisio Núñez).

<sup>42</sup> La Junta Local de Primera Enseñanza de Villamanta acordó, en junio de 1924, proponer al gobernador de la provincia que las clases transcurrieran entre 9h.-12h. y 14h.-16h., desde octubre hasta mayo; y entre 8h.-11h. y 18h.-20h., desde junio a septiembre (ARM, 243/4264).

comiera, Y yo, cuando venía mi padre del campo, pues es lo que hacía. Cuando salía de la escuela: ‘tienes que dejar el montón de paja zarandao’. Y a zarandar la paja”. Los niños también podían ayudar a la madre, con los animales y aves de corral, tal como sugiere Dionisio Núñez: “Yo iba todos los días (a la escuela). Tenía mucha afición a ir. Ahora, en cuanto salíamos a las cuatro... –vamos, las cuatro solares-, y desde las cuatro nos íbamos con mi padre, o a zarandar paja que llamábamos, para echar de comer a los bueyes cuando venía. Y había cerdos, las gallinas, sacaba mi madre los huevos, en fin...”.

## Breve epílogo

No hace tantos años que el historiador británico Hugh Cunningham (1990) se propuso corregir las observaciones historiográficas que, centradas en el empleo de mano de obra infantil, perdían de vista sus contornos reales, agrandando su magnitud. Llamó la atención sobre la importancia del subempleo y el desempleo infantil, tanto rural como urbano, en la Inglaterra anterior a 1851. Ahora bien, si es necesario corregir las aproximaciones que deforman el objeto por un exceso de focalización, no es un buen medio proponérselo a costa de la descontextualización del mismo. Las nociones de *subempleo* y *desempleo* son inseparables de la noción de *trabajo*. Y no se puede evaluar la ocupación o no de mano de obra infantil sirviéndonos de una noción de *trabajo* característica más bien –aunque no exclusivamente- de la actividad laboral del varón adulto, asalariado y a tiempo completo. Por eso, en el caso del trabajo infantil, nos son de poca ayuda los datos agregados de encuestas y censos generales, impregnados de tales nociones.

Las fuentes locales, y particularmente los datos de abandono y absentismo escolar, cuando son anotaciones cotidianas e inmediatas, dispuestas para sancionar los propios hechos, son un instrumento de medida preciso, aunque indirecto, del tiempo substraído a las horas lectivas. Sólo la diacronía del absentismo, las edades del abandono y el contraste con los testimonios de los propios protagonistas, nos permite apuntar que la actividad laboral, además de ser decisiva en la variación estacional del absentismo, suscitaba un extendido y temprano abandono de la escuela diurna, constituyendo por ello el mayor obstáculo al cumplimiento de la obligatoriedad escolar en localidades rurales como Villamanta.

El trabajo infantil, teniendo a la vez las funciones de *ayuda* y *aprendizaje* (Borrás, 1996), se descomponía en quehaceres múltiples y variaba según la edad y el sexo. Con el crecimiento aumentaba la dedicación laboral<sup>43</sup>, supeditada más claramente al desarrollo físico en el caso de los niños. Las niñas se ocupaban como *mujeres* mucho antes de la adolescencia, mientras que los niños comenzaban a ocuparse como *hombres* en los inicios de la pubertad. Era entonces cuando la actividad laboral se hacía totalmente incompatible con la escolarización. Y era también entonces cuando la mano de obra infantil, asalariada o no, podía identificarse con la de los adultos, con una oferta de trabajo a tiempo completo, sujeta a los mismos factores que determinaban subempleo y desempleo.

---

<sup>43</sup> En las encuestas realizadas en los Estados Unidos por el *National Child Labor Committee*, en las primeras décadas del siglo, se confirmaba cuantitativamente la relación directa entre edades y aumento de la prestación laboral. Véase: *Farmwork and Schools in Kentucky* (1917); *Child Labor in Agriculture and Farm Life in the Arkansas Valley of Colorado* (1929).



En Villamanta no puede decirse que existiera, en los años considerados, un mercado de mano de obra infantil, salvo en el sector servicios, donde el mercado laboral tenía un alcance local y regional, en el caso de las niñas contratadas como sirvientas. Los empleos asalariados de los niños solían ser muy esporádicos. Incluso el trabajo de los niños que abandonaban totalmente la escuela, antes de los 14 años, dependía de las formas de organización de las economías domésticas, y particularmente de la demanda de fuerza de trabajo de las propias unidades de producción familiar.<sup>44</sup>

## BIBLIOGRAFIA

BORDERIAS, C., CARRASCO, C., ALEMANY, C. (comp.) (1994): Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales, Barcelona, Icaria.

BORRAS LLOP, J. M. (1996): “Zagales, pinches, gamenes... Aproximaciones al trabajo infantil” en J.M. Borrás Llop (dir.), Historia de la infancia en la España contemporánea, 1834-1936, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, pp.227-346.

CARRION, P. (1975): Los latifundios en España. Su importancia, origen, consecuencias y evolución, Barcelona, Ariel.

COHEN, M. (1992): “Paternalism and poverty: contradictions in the schooling of working-class children in Tullysh, County Down, 1825-1914”, History of Education, vol.21, n.3, pp.291-306.

CUNNINGHAM, H. (1990): “The Employment and Unemployment of Children in England, c.1680-1851”, Past and Present, n.126, pp.115-150.

CHICOTE SERNA, M.T. (1987): “El trabajo de las mujeres en el ámbito rural de la provincia de Madrid, 1930-1945” en VI Jornadas de Investigación Interdisciplinaria sobre la mujer. El trabajo de las mujeres: siglos XVI-XX, Seminario de Estudios de la Mujer, Universidad Autónoma de Madrid, pp.305- 318.

DAVEY, I. E. (1975): “Trends in Female School Attendance in Mid-Nineteenth Century Ontario”, Histoire Sociale/Social History, VII, pp.238-254.

DOMINGUEZ CABREJAS, M. R. (1989): Sociedad y educación en Zaragoza durante la Restauración (1874-1902), 2 vols., Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza.

ESCOLANO, A. (1992): “Tiempo y educación . Notas para una genealogía del almanaque escolar”, Revista de Educación, n. 298, pp. 55-79.

FUENTES, P. (1993): Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína: 1877-1913, Bilbao, Universidad del País Vasco.

GABRIEL, N. de (1990): Leer, escribir y contar. Escolarización popular y sociedad en Galicia (1875-1900), La Coruña, Edición do Castro.

GAJARDO, M. Y ANDRACA, A.M. (1988): Trabajo infantil y escuela. Las zonas rurales, Santiago de Chile, FLACSO.

GOMERSALL, M. (1997): Working-Class Girls in Nineteenth-Century England. Life, Work and Schooling, Londres, MacMillan Press Ltd.

HORN, P. (1978a): Education in Rural England, 1800-1914, Londres, Gilles and Macmillan.

HORN, P. (1978b): Village Education in Nineteenth-Century Oxfordshire. The Whitchurch School Log Book (1868-93) and Other Documents, Oxford, Oxfordshire Record Society.

HORN, P. (1990): The Victorian Country Child, Gloucestershire, Alan Sutton.

KTTERINGHAM, J. (1975): “Country work girls in nineteenth-century England” en R. Samuel (ed.), Village Life and Labour , Londres, Routledge & Kegan Paul, History Workshop Series.

---

<sup>44</sup> Es propósito del autor seguir con esta línea de investigación por lo que estaría muy agradecido acerca de la localización, en otros lugares de España, de fuentes análogas a las aquí utilizadas: Libros de matrícula escolar con datos diarios sobre la asistencia de niños y niñas (e-mail: josebo@eucmax.sim.ucm.es).

MADOC-JONES, B. (1977): "Patterns of Attendance and their Social Significance: Mitchan National School 1830-1939" en P. McCann (ed.), Popular Education and Socialisation in the Nineteenth Century, pp.41-66.

MOLINA BARRIOS, J., ROJAS LIZARAZU, R. (1995): La niñez campesina: vida cotidiana y uso del tiempo, La Paz, UNICEF.

NUÑEZ, C.E. (1990): "La instrucción primaria en España, ¿un problema de oferta o de demanda?" en XV Simposi d'Anàlisi Econòmica. Nivells de vida a Espanya, s.XIX i XX, Universitat Autònoma de Barcelona, vol.II, pp.141-161.

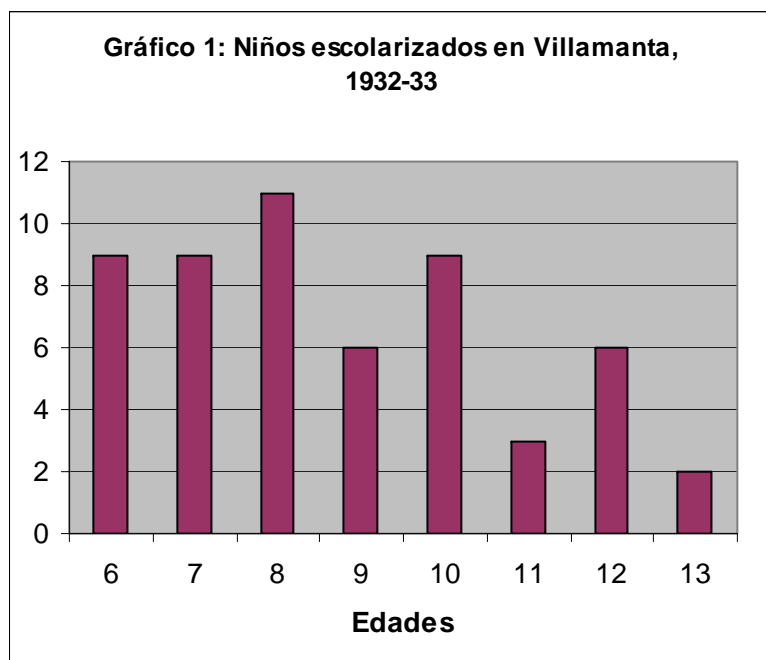
NUÑEZ, C.E. (1992): Las fuentes de la riqueza. Educación y desarrollo económico en la España contemporánea, Madrid, Alianza Editorial.

REHER, D.-S., POMBO, M.N., NOGUERAS, B. (1993): España a la luz del Censo de 1887, Madrid, INE.

VIÑAO, A. (1998): Tiempos escolares, tiempos sociales. La distribución del tiempo y del trabajo en la enseñanza primaria en España (1838-1936), Barcelona, Ariel.

**Tabla 1: Distribución de la riqueza rústica catastrada en Villamanta (1-XII-1933)**

	Propietarios		Líquido imponible		Grandes Prop. (más de 5.000ptas.)			Medianos Prop. (1.000 a 5.000ptas.)			Pequeños Prop. (menos de 1.000ptas.)		
	Núm.	%	ptas.	%	Núm.	Valor	% (val.tot.)	Núm.	valor	% (val.tot.)	Núm.	valor	% (val.tot.)
Residentes en el municipio	80	13,61	51.871,13	26,61	2	17.683,60	9,07	8	16.785,53	8,61	70	17.402,00	8,93
No residentes	508	86,39	143.089,63	73,39	5	42.616,28	21,86	14	42.487,02	21,79	489	57.986,33	29,74
Total	588	100,00	194.960,76	100,00	7	60.299,88	30,93	22	59.272,55	30,40	559	75.388,33	38,67



**Personas entrevistadas (año de nacimiento)**

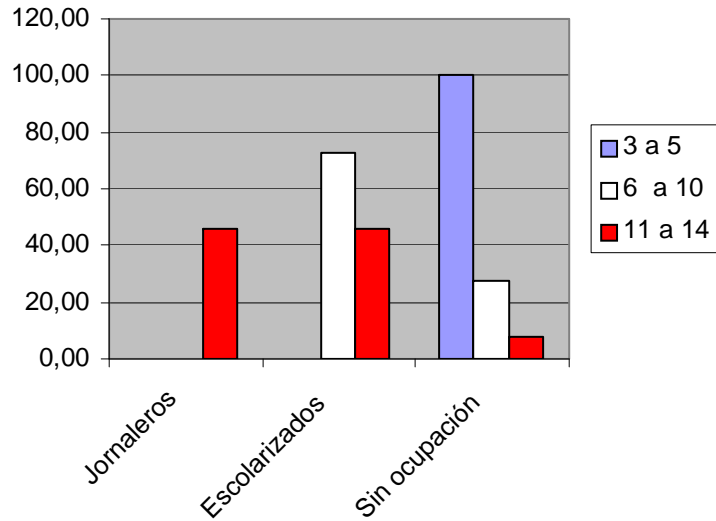
Gascón López, Teresa (1926)  
 López Reneses, Julia (1920)  
 Nieto Gascón, María (1922)  
 Pérez Plaza, Maximina (1908)  
 Recio Escobar, Faustina (1921)

Dadama Serrano, Dionisio (1918)  
 Fresno Paredes, Crescencio (1926)  
 Molina Sánchez, Julián (1921)  
 Núñez Fernández, Dionisio (1914)  
 Núñez Fernández, Juan (1920)

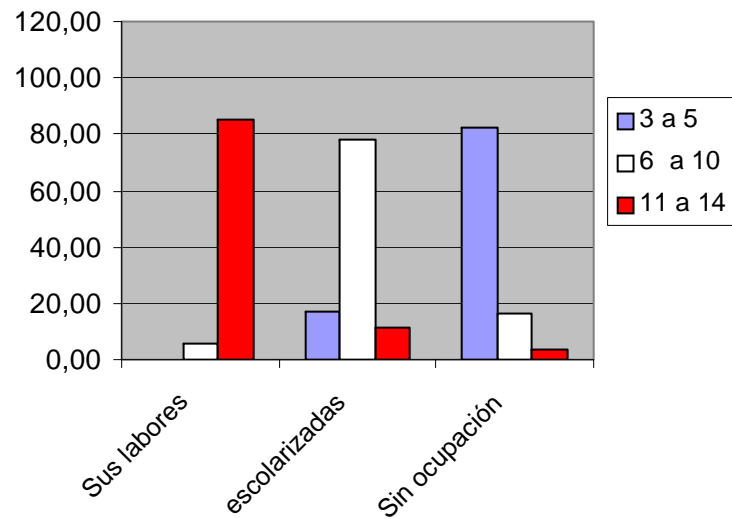
Tabla 2: Actividades de niños y niñas de 6-14 años. Villamanta, 1930

Grupos de edades según profesión de los padres	Nº	Niños						Niñas						
		Jornaleros		Escolarizados		Sin ocupación		Sus labores		Escolarizadas		Sin ocupación		
		nº	%	nº	%	nº	%	nº	%	nº	%	nº	%	
<b>LABRADORES</b>														
Niños/as de 6-11	8	0	<b>0,0</b>	4	<b>50,0</b>	4	<b>50,0</b>	6	3	<b>50,0</b>	2	<b>33,3</b>	1	<b>16,7</b>
Niños/as de 12-14	2	2	<b>100,0</b>	0	<b>0,0</b>	0	<b>0,0</b>	2	2	<b>100,0</b>	0	<b>0,0</b>	0	<b>0,0</b>
Total	10	2	<b>20,0</b>	4	<b>40,0</b>	4	<b>40,0</b>	8	5	<b>62,5</b>	2	<b>25,0</b>	1	<b>12,5</b>
<b>HORTELANOS</b>														
Niños/as de 6-11	3	0	<b>0,0</b>	3	<b>100,0</b>	0	<b>0,0</b>	3	0	<b>0,0</b>	3	<b>100,0</b>	0	<b>0,0</b>
Niños/as de 12-14	1	1	<b>100,0</b>	0	<b>0,0</b>	0	<b>0,0</b>	3	2	<b>66,7</b>	1	<b>33,3</b>	0	<b>0,0</b>
Total	4	1	<b>25,0</b>	3	<b>75,0</b>	0	<b>0,0</b>	6	2	<b>33,3</b>	4	<b>66,7</b>	0	<b>0,0</b>
<b>PROPIETARIOS</b>														
Niños/as de 6-11	5	0	<b>0,0</b>	5	<b>100,0</b>	0	<b>0,0</b>	4	0	<b>0,0</b>	4	<b>100,0</b>	0	<b>0,0</b>
Niños/as de 12-14	2	1	<b>50,0</b>	1	<b>50,0</b>	0	<b>0,0</b>	2	2	<b>100,0</b>	0	<b>0,0</b>	0	<b>0,0</b>
Total	7	1	<b>14,3</b>	6	<b>85,7</b>	0	<b>0,0</b>	6	2	<b>33,3</b>	4	<b>66,7</b>	0	<b>0,0</b>
<b>JORNALEROS</b>														
Niños/as de 6-11	22	0	<b>0,0</b>	15	<b>68,2</b>	7	<b>31,8</b>	28	4	<b>14,3</b>	22	<b>78,6</b>	2	<b>7,1</b>
Niños/as de 12-14	12	8	<b>66,7</b>	4	<b>33,3</b>	0	<b>0,0</b>	15	14	<b>93,3</b>	1	<b>6,7</b>	0	<b>0,0</b>
Total	34	8	<b>23,5</b>	19	<b>55,9</b>	7	<b>20,6</b>	43	18	<b>41,9</b>	23	<b>53,5</b>	2	<b>4,7</b>
<b>ASALARIADOS</b>														
Niños/as de 6-11	13	0	<b>0,0</b>	9	<b>69,2</b>	4	<b>30,8</b>	8	1	<b>12,5</b>	5	<b>62,5</b>	2	<b>25,0</b>
Niños/as de 12-14	6	4	<b>66,7</b>	2	<b>33,3</b>	0	<b>0,0</b>	4	4	<b>100,0</b>	0	<b>0,0</b>	0	<b>0,0</b>
Total	19	4	<b>21,1</b>	11	<b>57,9</b>	4	<b>21,1</b>	12	5	<b>41,7</b>	5	<b>41,7</b>	2	<b>16,7</b>
<b>ARTESANOS</b>														
Niños/as de 6-11	2	0	<b>0,0</b>	2	<b>100,0</b>	0	<b>0,0</b>	3	1	<b>33,3</b>	2	<b>66,7</b>	0	<b>0,0</b>
Niños/as de 12-14	4	3	<b>75,0</b>	1	<b>25,0</b>	0	<b>0,0</b>	0	0		0		0	
Total	6	3	<b>50,0</b>	3	<b>50,0</b>	0	<b>0,0</b>	3	1	<b>33,3</b>	2	<b>66,7</b>	0	<b>0,0</b>
<b>SERVICIOS</b>														
Niños/as de 6-11	2	0	<b>0,0</b>	2	<b>100,0</b>	0	<b>0,0</b>	8	1	<b>12,5</b>	7	<b>87,5</b>	0	<b>0,0</b>
Niños/as de 12-14	2	1	<b>50,0</b>	1	<b>50,0</b>	0	<b>0,0</b>	2	1	<b>50,0</b>	1	<b>50,0</b>	0	<b>0,0</b>
Total	4	1	<b>25,0</b>	3	<b>75,0</b>	0	<b>0,0</b>	10	2	<b>20,0</b>	8	<b>80,0</b>	0	<b>0,0</b>
<b>TOTALES</b>														
Niños/as de 6-11	55	0	<b>0,0</b>	40	<b>72,7</b>	15	<b>27,3</b>	60	10	<b>16,7</b>	45	<b>75,0</b>	5	<b>8,3</b>
Niños/as de 12-14	29	20	<b>69,0</b>	9	<b>31,0</b>	0	<b>0,0</b>	28	25	<b>89,3</b>	3	<b>10,7</b>	0	<b>0,0</b>
Total	84	20	<b>23,8</b>	49	<b>58,3</b>	15	<b>17,9</b>	88	35	<b>39,8</b>	48	<b>54,5</b>	5	<b>5,7</b>

**Gráfico 2: Actividades de los hijos de campesinos.  
Villamanta, 1930**



**Gráfico 3: Actividades de las hijas de campesinos.  
Villamanta, 1930**



**Gráfico 4: Promedios de asistencia escolar (%)**

